

Ideas inconcebibles le asaltaban; pensaba cosas inauditas. Veía, entre las finieblas en que siempre estaba envuelta, una Calabacita desconocida; se veía también a sí mismo completamente diferente del que hasta ahora estaba frente a ella.

La joven levantó sus ojos húmedos. El se estremeció dándose cuenta de un espectáculo en el que hasta ahora no se había fijado, y dulcemente le quitó de los brazos, con una piedad infinita, la pesada cartera que deformaba la cintura de la joven. Ella no opuso resistencia; se sentía desfallecer; sus labios deletreaban palabras incompletas.

—¡Dios mío—repelía Baltasar—, cómo has cambiado! Tus ojos, tu boca no son los mismos... Si, tienes razón. Violante no aceptaría... y como no quiero sacrificarte a ningún precio...

Seguían inmóviles y sus miradas no podían desunirse; los transeuntes observaban a aquella pareja ensimismada que obstruía el paso. En un banco vecino un sacerdote leía en su breviario; unos jardineros que cavaban en un arriate suspendieron su trabajo. Sin embargo, nadie se sonreía al verles: tal aspecto tenían, hurraño y fímido a la vez...

Un niño con su aro les separó. Calabacita

enrojeció como si hubiera sido sorprendida en pleno día por ojos indiscretos; tendió los brazos para coger su enorme cartera, de la que jamás se había separado; él se opuso... jamás volvería a llevar aquella carga. Entonces, la muchacha se retiró unos pasos, él quiso llamarla; pero como sin palabras se habían dicho cuanto tenían que decirse, no la retuvo y ella se alejó lentamente.

Baltasar la siguió con los ojos mientras la joven marchaba como quien va sin rumbo fijo, hasta que la ocultó un macizo de arbustos; la volvió a ver un poco más lejos y luego desapareció del todo. Entonces, sintiéndose incapaz de permanecer de pie, empezó a caminar vacilante como quien de pronto se encuentra sin luz y con miedo de no poder conseguirlo; llegó al banco del sacerdote y se sentó. Se dejó caer en tal actitud de agotamiento, que el sacerdote le dijo con paternal solicitud:

—¿Qué tiene usted, hijo mío? ¿Sufre usted?

—No... no... no sufro—murmuró—; sólo que lo que me sucede es tan extraordinario...

Tenía un aspecto turbado: el torbellino de los acontecimientos inexplicables seguía dando vueltas a su alrededor, y, sin saber lo que decía, preguntó a aquel bondadoso vecino

que se interesaba por él y que tal vez pudiera aconsejarle:

—¿Cree usted que debo correr tras ella?

—¿Tras de esa joven que se ha marchado?

—Sí.

—¿Es su hermana?

—No, una amiga.

—¿Está usted enfadado con ella?

—No... al contrario... Sólo que yo estoy preocupado.

—¿A ella?

—No, a otra.

—¿Por la que abriga usted sentimientos de afecto?

—Apenas la conozco—afirmó Baltasar renegando de la señorita Rondot.

—¡Ah!

El sacerdote había tomado una posición de confesor que escucha, la barba apoyada en la mano y el codo en la rodilla. Su rostro, muy vulgar y desprovisto de inteligencia, ofrecía en el marco de los cabellos blancos dos enormes mejillas violáceas y dos gruesos párpados medio cerrados sobre unos ojillos que trataban de comprender.

—Y su familia ¿qué le aconseja a usted?

—Yo no tengo familia—dijo Baltasar, que, pensando en otra cosa, respondió a la aventura.

—¿No tiene familia? ¿No tiene padre?

—No tengo padre... O mejor dicho, sí; hay algunos que me han reclamado, pero el primero ha matado al segundo y el cuarto ha matado al último. En cuanto al tercero...

Hubiérase dicho que proponía una charada. El sacerdote pensó que aquel joven tenía la cabeza un poco trastornada y renunció a escucharle. Pero Baltasar continuaba como si el hablar le hiciera bien:

—Son historias sin importancia. El tener o no padre y familia me es completamente indiferente. Nada importa sino lo que ha pasado antes con Calabacita.

—¿Calabacita?

—Sí, la joven...

—¿Pero ése no es un nombre cristiano?

—Pero es el de Calabacita.

—¿De la que usted ama?

Quedó estupefacto de la expresión empleada por el sacerdote, ¿Cómo éste había adivinado, sin conocerle y sin conocer la situación, lo que él mismo no hacía más que sospechar?

—¿Cree usted verdaderamente que yo la amo, señor cura?

—Al menos me lo parece.
Baltasar movió la cabeza.

—Sí... sí, tiene usted razón. Yo no estaba muy seguro... ¡Es tan extraordinario!... pero en efecto, tiene usted razón...

Reflexionaba todavía; no se acostumbraba a esta verdad prodigiosa, en la que las pruebas aflúan invadiéndole poco a poco, pero no se atrevía a protestar, y, tomando el brazo de su vecino, dijo en tono confidente:

—Usted no puede imaginarse lo que es Calabacita, señor cura; yo mismo lo ignoraba y luego de pronto la veo tal como es, honrada, dulce, abnegada, inteligente y muy bonita, tan bonita como no se encuentran muchas, más bonita de lo que usted cree. Solamente, lo que me confunde es que, habiendo vivido uno al lado del otro, yo no haya visto nada de esto, ni su belleza, ni su gracia, ni su ternura. Se hubiera dejado matar por mí y yo no me hubiera enterado; estaba sordo y ciego.

Mire usted, señor cura; en un país perdido, al otro lado de Italia, la noche de cierto día en que mi madre, que luego fué ahorcada, nos hizo fusilar a mi padre y a mí (el sacerdote le miró con el rabillo del ojo), Calabacita me besó las piernas y sollozó porque yo sufría, y no comprendí. Y otro día me besó en la boca porque estaba triste, y no comprendí. No comprendí por qué me daba aquel beso y

por qué después de recibirlo desapareció mi tristeza.

¡Ah, señor cura! y lo inconcebible es que desde mi infancia busco alguien que me quiera; corro tras del afecto como un perro tras su amo, y lo que yo necesitaba tanto como el comer y el respirar, lo tenía a mi lado sin saberlo!... El amor, la dicha, vivían en el rincón del mundo en que habito y todo esto tenía un rostro y ojos que me miraban y que yo no veía!

Apretaba el brazo del cura hasta hacerle daño: éste escuchaba gravemente la declaración de amor que Baltasar dirigía a Calabacita, y en un momento de silencio, formuló:

—Desde luego, ¿va usted a casarse con ella, hijo mío?

Baltasar no pareció oírle y continuó tranquilamente:

—Señor cura, yo profesaba como teoría que no existen las aventuras y que la palabra aventura es un modo de designar los incidentes de la vida cotidiana y de darles proporciones de que carecen. Tenía razón, pero estaba también equivocado... Existen las aventuras; mejor dicho, no existe más que una, que es la aventura del amor. Es usted de mi opinión, ¿verdad, señor cura? El corazón es el

único y grande aventurero. Desde hace algunos meses he sufrido las pruebas más atroces, he conocido la tortura, la muerte, la traición y la ignominia. Estos no eran ciertamente, lo sigo hoy afirmando, más que hechos diversos de una vida en la que no ocurría gran cosa. Pero hoy, señor cura, todo cuanto puede haber de aventura en la vida de un hombre me agita y me trastorna. Al solo pensamiento de que Calabacita pudiera no amarme o serme infiel, siento que sería capaz de realizar todos los hechos terribles de que he sido víctima; que soy capaz de matar, sí, de matar, puesto que el otro día, antes de saber que la amaba, quise matar a un hombre que se atrevió a tomarla entre sus brazos...

Se interrumpió un segundo y añadió gravemente:

—Pero presiento también que nada de esto pasará porque Calabacita jamás me hará sufrir.

—Jamás—afirmó el sacerdote en tono convencido—. El matrimonio concede a los esposos virtudes particulares; una gracia especial.

Esta insistencia acabó por llamar la atención de Baltasar. De nuevo movió la cabeza.

—¿Es necesario casarse? Calabacita y yo

somos dos hijos del azar y a causa de esto vivimos un poco al margen de la sociedad. ¿A qué pedirle un apoyo que hasta ahora no nos ha concedido?

—No es un deber social el que yo invoco—dijo el sacerdote.

—Entonces, ¿qué deber?

—Su deber hacia Dios, hijo mío.

Baltasar vaciló antes de responder en voz baja:

—Señor cura, no quisiera herirle en sus convicciones; pero le confieso...

—¿Que está usted alejado de Dios?...

—Muy alejado.

—Es decir, que ¿no cree usted en El?

—Sí... sí; cuando me fusilaron rogué a Dios...

—¿Y los demás días de la vida...?

No respondió. El sacerdote sonrió.

—Muchas personas se figuran que no creen en Dios y creen más que otras que se dicen fieles. Usted es de los que poseen la fe, hijo mío.

—¿Está usted seguro, señor cura?

—Estoy seguro, puesto que cree usted en los beneficios del orden, en la necesidad de la regla, de la disciplina, del método, de la lógica, de la rectitud, ¿no es cierto?

—Sí, señor cura; creo de todo corazón.

—Eso es Dios, hijo mío. Todo el que se inclina ante tales leyes, se inclina en realidad ante El. Nunca he leído aquí (y señalaba su breviario) otra cosa que una llamada ferviente a esta doctrina. Es toda la religión divina y es sobre lo que la sociedad está constituida. Cátese con la señorita Calabacita, querido hijo mío, y estará usted conforme con la ley de Dios y con la de los hombres.

El sacerdote se levantó. Había terminado su pequeño sermón y dicho cosas que tenía costumbre de decir y en las cuales seguramente pensaba poco. Saludó cortésmente a Baltasar y se alejó con paso tranquilo. Los talones levantaban el borde de su sotana polvorienta y lustrosa.

Baltasar le olvidó en seguida y no prolongó un solo instante en sí mismo la entrevista en la que se había confesado tan ardentemente. Permaneció algunos instantes en una especie de embotamiento en el que pasaban y repasaban ante él diversas imágenes de Calabacita, todas graciosas y seductoras.

Después se levantó también y se alejó en otra dirección. La calle de Batignolles le llevó a los bulevares exteriores, de los que se desvió para dirigirse hacia el centro de París.

Compró un panecillo y se sentó en la terraza de un café, donde esperó la noche revolviendo con una paja el vaso de granadina. Ni uno solo de sus pensamientos, ni aun los más inestables, dejó de ser un pensamiento de amor. Su dicha era tan grande que retardaba el momento de ver a Calabacita y se conformaba con dirigir a la joven pequeños discursos inacabados en los que se expandía su alma feliz.

—Es extraño cómo te unes poco a poco a todos mis recuerdos y cómo invades mi existencia. Ahora comprendo que si preferí morir antes que casarme con la encantadora Hadidgé, fué por ti, Calabacita. Comprendo que jamás he amado a Violante y que, aun estando lejos de ti, yo procedía en todo bajo tu mirada y pensaba de acuerdo contigo. Y, remontando mi vida, me doy cuenta de que tú has sido el principio y la razón de todos mis actos. La primera vez que te vi en las Danaides siendo pequeñita, me robaste el corazón, Calabacita. No eras más que una niña y, sin embargo...

Al llegar la noche emprendió el camino de la ciudad de las Barracas. Encontró la caja de fósforos y todas sus cosas bien dispuestas, señal de que Calabacita había estado allí.

Se sentó ante la puerta y encendió su pipa. No había luna, sino un claro de estrellas que parecía el resplandor mismo de la sombra.

Una silueta pasó ante él. La puerta del cercado fué empujada, y vió a la joven, que entraba llevando en la mano y a la espalda varios objetos que no conoció al pronto.

La muchacha no se dirigió hacia él. Se encaminó hacia los dos árboles sin hojas y allí depositó en el suelo un objeto que debía ser una maleta y otro que era la cartera de cuero.

Después vió que Calabacita colgaba una hamaca entre los dos troncos de los árboles. Cuando terminó se acostó en ella y no volvió a moverse.

Baltasar pensó que desde aquel momento su destino estaba fijado. Calabacita había llevado a las Danaides su mobiliario y su ajuar.

Diez pasos les separaban a uno del otro; dejó transcurrir una hora; su corazón latía con violencia, y se dijo que el de Calabacita debía latir con el mismo ritmo que el suyo.

Temblando de emoción se aproximó; una mano de la joven pendía fuera de la hamaca y a punto estuvo de cubrirla de besos, así como su brazo desnudo; pero no lo hizo; había sentido el soplo de su respiración y com-

prendió que la joven dormía bajo la protección de su bien amado.

Entonces se puso de rodillas y permaneció silencioso, con la cabeza levantada hacia la hamaca inmóvil y hacia las estrellas que palpitaban en el espacio. Reconocía la forma de las constelaciones y recordaba las palabras del sacerdote sobre el orden inalterable de las cosas del cielo y de la tierra, sobre la ley necesaria, sobre la aceptación de la disciplina, sobre la obediencia a las reglas establecidas... Luego se durmió a su vez.

La aventura de Baltasar comenzaba...

FIN